

DE CANTO...

LA SUGERENCIA DE LA PALABRA

Todo lo que podamos decir alrededor de un poema nunca consigue desvelar el centro mismo del poema. Intentar explicar su poesía, necesariamente, me habría de llevar a la imposibilidad de explicar la poesía misma, mi propio concepto de ella, el centro inaprensible, lo que palpita y no se deja ver de cuerpo entero. Intentar teorizar sobre sus poemas supondría casi dictar mi propia poética, por lo que siento de cercano en su palabra.

Soy consciente de mi osadía y de mi riesgo. Y si reconozco mi deuda con su obra es, precisamente, porque ante sus poemas —aún ahora que los leo con la intención de presentarlos— no es la glosa o el comentario analítico lo que surge, sino la necesidad irresistible de ponerme a escribir mi propio poema; como si cada verso suyo fuera una puerta abierta hacia otro verso, o un río que se dirige imparables hacia la desembocadura de la creación misma.



GONTZAL DIEZ nació en Bilbao en el año 1961. Es miembro del colectivo *Poetas por su pueblo - Poetak Herriaren Alde*. Licenciado en Ciencias de la Información. Ha colaborado en diferentes revistas y recitales colectivos de poesía.

Los poemas de esta reseña pertenecen al libro inédito "*Poemas de la Galerna*".

Usa de las vestiduras de la magia. Oficia el rito ancestral de viajar al subconsciente —algunos lo llaman surrealismo— allí donde sueño y realidad, realidad y deseo, amor y muerte giran en el centro de la galerna, en el "*círculo de tentativas*" donde los contrarios se funden. Algunos crearán ver automatismo donde florece el hechizo. Y es que todo es legible, como un oráculo viviente: costas y lamias, hiedras y lunas invadiendo los cuerpos, líquen, laúdano, espejos y obsidias. Y una ciudad selvática, nocturna, que se hace mujer y mar... y una mujer que es mar, ciudad y selva entre los brazos del ahogado.

A diferencia del surrealismo manifiesto, no hay renuncia a la identidad personal, el yo y el tú serán constantemente convocados, citados frente a "*los ojos de los pájaros*", conjuro frente a los alucinados ojos de los pájaros, en la cúpula donde el agua es una imagen dúctil de lluvia y de marea, o cuerpo-continente, un cuenco de luz a la deriva, el lugar más sagrado del deseo.

AMALIA IGLESIAS

"Entra la aurora con pasitos quedos
como una Pavlova dorada."

Ezra Pound

LOS OJOS DE LOS PAJAROS

(I)

*Más inmediatos que las minúsculas
distancias que nos separan.
Más cercanos que las luces insistentes
de la piel
que se dobla ocultando
sombros y siluetas.*

Más ambiguos, más insólitos ...

(II)

*Son los ojos imprevistos de agua
con que adornas
la presencia irremediable de las olas.*

*Vágamente tiendo una mano,
acaricio sus contornos
translúcidos.
Siento una tibia calidad de piedra
que me estremece.
Soy capaz de hundir en ellos
mis dedos y entresaco una pálida
caricia
de ámbar.*

*Son el agua
de ríos interiores,
el orden de los labios
accidentalmente dispuesto
para el tacto.*

(III)

*Amo los ojos
de los pájaros con que te vistes.
Ojos inútiles
que ocupan los espacios propios
de lo fingido,
ojos dilatados y desnudos
que ignoran el aliento de las aves.*

*Imagino tu cuerpo
cubierto de pájaros largos y transparentes,
delicadamente posan alas inactivas
en los círculos escuetos de los bordes.
Picotean la ceniza de tu sexo,
lo abren húmedo de estrías.
Anidan
crecen amables*

*y de pronto emigran dejando únicamente
los otoños inmensos con que te desnudas.
Un gesto de iris.*

(IV)

*Amo los ojos
de los pájaros con que te viste.
Repito innumerablemente
sus caricias huecas,
la tendencia consentida al silencio,
los fragmentos de éter, los colores de autorretrato,
la piel de jaula prudente con que rodeas
las distancias.*

Un tacto de eclipse redondea tu cuerpo.

*Deja que apenas humedezca los
límites
perfectos de las olas.
Un mar interior
de dedos náufragos
acaricia el polen oscuro que cubre
ese tatuaje de tormenta
y anida
sin casi hacer ruido
con voz de pájaro raro.*

(V)

*Son los ojos de los pájaros como te viste,
Ciclo de cielo,
rueda exacta
como un guiño
de circunstancias extraordinariamente
favorables.*

(VI)

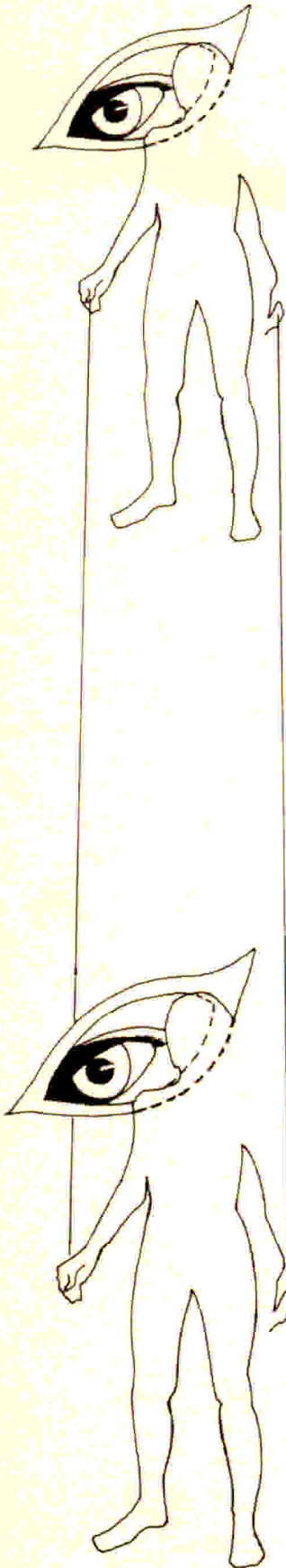
*Hallé los ojos
abiertos de los pájaros
junto a tu cuerpo.*

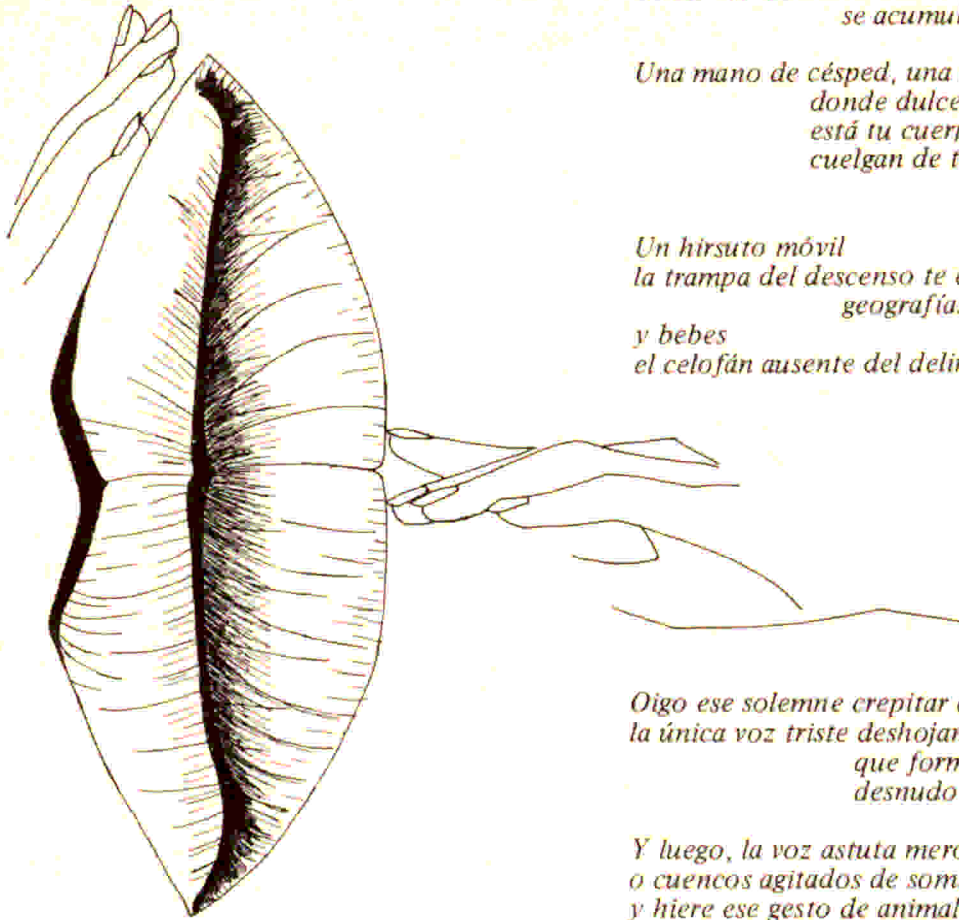
Ojos de otoño caído.

*Sóloamente entonces comprendí
la brutal desnudez
que poseían.
Fuí ola gris, silencio ahogado
mordí los labios
de océano.*

*Fui todo luz, y hoja y agua
violenta
contra tus espaldas.
Sólo un contacto de niebla
devolvió un temblor de muslo
tibio.
Removí de nuevo los mares,
busqué los ojos
espuma, recorrí caracolas.*

*Perdí tacto entre la marea.
Llené de lágrimas
cada camino.
Amé
los ojos de los pájaros
con que te
desnudas.*





Angel de hierba doliente
 tu desmayo de piel,
 Como un vaivén de nubes tristes
 se acumula el dolor ambiguo en tu mirada.

Una mano de césped, una caricia oculta en el ramo milagroso
 donde dulce, como la rama magistral de un sauce,
 está tu cuerpo tendido; las alondras
 cuelgan de tus ingles formando ramos de uva
 negra.

Un hirsuto móvil
 la trampa del descenso te encierra
 geografías en júbilo
 y bebes
 el celofán ausente del delirio.

Oigo ese solemne crepitar de voces
 la única voz triste deshojando la luz
 que forman tus muslos o el asombro
 desnudo del pubis.

Y luego, la voz astuta merodea entre lámparas
 o cuencos agitados de sombra
 y hierde ese gesto de animal prófugo y revienta
 en menudas tristezas, como ménades
 con cuerpo de dinamita y cisnes anclados
 en un poema adolescente.

Esa voz rebelará
 el césped hiriente de las axilas
 el vello fugitivo de las acomodadas ingles
 el líquen húmedo y pacífico
 del vientre.

Como una película de japoneses fogosos
 reinventando la muerte.

Cada
 ver
 de
 espacio con que rodeas
 la ciudad iluminada
 de actos agónicos
 y delicados.

Cada
 vér
 tigo oscuro y potente
 la esencia estricta de los sueños
 abstractos de cisnes aciagos.
 Cuando cada
 ver
 so sugiere pájaros de ruina
 anidando turbias mas
 cotas
 más altas que siluetas redondas
 y afables manos
 que se aferran alborotadas
 a tu cuerpo causal
 de justificable ausencia.

Angel o Sirena

C. Baudelaire

Levitó oscureciendo el límite de sus pechos
 con el núbil azul de los sofocos,
 Con una leve interpretación de ausencias
 se desnudó con precaria lentitud.
 Animales lucífugos huían entonces.

Un calor oscuro quemaba la piel,
 Llovió para borrar su rastro
 y una mano de alquimias o centeno apaciguó
 el bramido del bosque.
 Y todo acorde con la tristeza o la pasión
 se mantuvo en secreto.

Únicamente la ausencia, una oquedad de paisaje o arquitectura,
 manifiesta aún
 su contagio.